

Tobias GRAVE, Oliver DECKER, Hannes GIEBLER, CHRISTOPH TÜRCKE (eds.), *Opfer. Kritische Theorie und Psychoanalytische Praxis*. Gießen: Psychosozial-Verlag 2017, 166 págs.

Se trata de un volumen colectivo que recoge las ponencias de las III Jornadas sobre “Teoría Crítica y Praxis Psicoanalítica”, que se vienen celebrando en Leipzig desde el 2005. Estas jornadas responden a la intención de intensificar la relación entre la experiencia psicoanalítica y la teoría crítica de la sociedad. Pretenden contrarrestar la hegemonía del dispositivo científico-terapéutico neoliberal, que ha terminado marginando tanto al psicoanálisis como a la teoría crítica por supuestamente anacrónicos. Sin embargo, los organizadores de esta serie de jornadas consideran que ambos resultan imprescindibles para llegar al fondo de la cuestión de sufrimiento producido socialmente. El tema de la jornada que recoge este libro es “Opfer”, una palabra alemana que puede significar tanto “sacrificio” como “víctima” u “ofrenda”. Y, como veremos, esta polisemia resulta relevante desde el punto de vista epistemológico, ya que abre a una pluralidad de enfoques. En todo caso, la relación del sacrificio con la dominación social está fuera de duda, tanto si viene exigido por las prácticas de dominación como por las prácticas de sometimiento y sumisión.

El libro contiene diez contribuciones de diferente factura. Por un lado, nos encontramos reflexiones de carácter etnopsicoanalítico referidas al sacrificio, otras de carácter epistémico en torno a la relación de teoría social/de la cultura y psicología/psicoanálisis, otra sobre narrativa de la victimación y, finalmente, otras referidas a fenómenos concretos, como el de los terroristas suicidas, los trasplantes de órganos, etc.

1. Víctima – sacrificio – ofrenda

La polisemia del término alemán “Opfer” permite sacar a la luz diferentes dimensiones de un mismo fenómeno que poseen interés. De “víctima” hablamos cuando alguien, intencionalmente o no, es asesinada, herida o dañada. La presencia de violencia impone la pregunta por las causas, las responsabilidades, los victimarios. En todo caso, la víctima está marcada por una irrupción traumática que afecta de modo decisivo por la fuerza del trauma a su condición de sujeto. La víctima queda marcada por el desvalimiento, la impotencia y la pérdida del sentimiento de efectividad propia. Frente al trauma pueden desarrollarse mecanismos intrapsíquicos de abordaje que podríamos llamar deficientes: negación, represión, proyección, etc., y que pueden llegar a conformar todas las relaciones sociales. Pero también pueden

cristalizar en formas de autoinstrumentalización (legitimar la venganza, aparentar inocencia o justificar la pasividad) o instrumentación ideológica por terceros.

En el significado de “sacrificio” aparece la dimensión de entrega, de donación, ser víctima por una causa. Y en un doble sentido. La victimación adquiere sentido por la propia culpabilidad, la víctima como causa o provocación de la victimación, o por la identificación con el agresor. O bien la autoentrega permite participar en el poder al que se ofrece en sacrificio (causa religiosa, política, étnica, etc.). La grandeza de la causa revierte sobre la víctima y ennoblece el sacrificio. El terrorista suicida como “representante del absoluto”. La fórmula “victoria a través de la derrota” sirve como matriz de infinidad de formas de victimismo, esto es, de victimación o su simulación como fuente de reconocimiento. El sacrificio aparece aquí imbricado con mecanismos de defensa que lo cargan de problematicidad.

En cuanto “ofrenda” lo que está en primer plano es su contraposición con el intercambio. El sacrificio por los otros, basado en la gratuidad, recoge un elemento fundamental de la constitución de la subjetividad humana indispensable para el desarrollo de relaciones sociales.

2. Teoría del sacrificio de Christoph Türcke

Parte de un dato arqueológico: el culto sacrificial pertenece al estrato más antiguo de la cultura humana. El ritual sacrificial, del que proceden todos los rituales, representa, para Ch. Türcke, el intento de responder al horror de una naturaleza prepotente y amenazante que golpea y produce sufrimiento por medio de la repetición controlada de ese horror, porque el horror ritualizado del sacrificio (personas o animales) ya no sería el horror natural puro. Dicha ritualización estaría presidida por la lógica de la compulsión traumática a la repetición como forma de habituación y superación. Vuelco del horror en su contrario por medio de su repetición. Türcke moviliza para esta interpretación la teoría freudiana de los sueños, especialmente el giro que adopta dicha teoría cuando Freud se topa con los sueños de los soldados traumatizados por la guerra. Como constata Freud, mediante desplazamiento, condensación e inversión hacen frente diferidamente a la sobredosis sensorial y emocional origen del trauma, y la modulan. Diríamos que este proceso reconocible en los sueños representa una interiorización (alucinación – recuerdo) de un modo de respuesta propio del ritual sacrificial filogenéticamente anterior. Türcke cita la conocida frase de la *Dialéctica de la Ilustración*: “La historia de la civilización es la historia de la introversión del sacrificio”. El propio espacio del ritual

sacrificial constituiría ya una especie de “interior” en el que el horror se va transformando lentamente en su imagen. De la repetición del horror a su representación mental, pasando por el ritual, su celebración intencional y la alucinación de un destinatario del sacrificio: son pasos que describen el tránsito que lleva de los homínidos a los seres humanos, de la repetición refleja a la ofrenda ritual. De modo que el primer contenido del espacio mental sea el destinatario del ritual: el germen de la divinidad. De nuevo aquí un proceso que transita de las alucinaciones a las imaginaciones, a las representaciones y a los conceptos. Las representaciones y los pensamientos vistos desde una perspectiva filogenética no son sino auto-correcciones de las alucinaciones. La conquista de la conciencia va de la mano de la represión de su trasfondo alucinatorio, de la formación del inconsciente. Abstracción, reflexión y síntesis, las prestaciones del pensamiento, no son sino movimientos de huida y medidas de protección frente al horror, formas de dominación de la experiencia traumatizante. La conclusión: sin la praxis de repetición compulsiva del sacrificio humano no se habría producido la hominización. Con todo, su *telos* es la superación del sacrificio. Si el sacrificio existió desde el comienzo de la hominización es para volverse innecesario.

3. Teoría del sacrificio de René Girard

También para él constituye el rito sacrificial un mecanismo civilizatorio fundamental: para dominar una situación de escalada de violencia, se sacrifica un chivo expiatorio. Esa violencia proviene del carácter mimético del deseo humano, desencadenante de rivalidades por los objetos del deseo. La violencia de todos contra todos que amenaza la supervivencia del grupo es canalizada a través de la violencia de todos contra uno: la víctima. Así es como se estabiliza la situación hasta la próxima crisis. Las institucionalizaciones de la dominación social tiene como finalidad asegurar la duración de la paz efímera alcanzada por medio del sacrificio. Su contenido son prohibiciones miméticas que buscan impedir una nueva escalada de violencia. La naturaleza como origen de violencia posee aquí una significación marginal. Todas las formas de comportamiento y todo deseo humano apunta a una rivalidad mimética que conduce a la violencia. El único modelo civilizatorio de pacificación de las crisis sociales es el asesinato fundacional del que surge el sacrificio ritual. Como instrumento de dominación posee una cierta racionalidad: la neutralización de la violencia generalizada.

4. Dialéctica de la Ilustración: el sacrificio humano como clave de la dominación

La cuestión fundamental a que se enfrenta la DA en relación al “sacrificio” está referida a la conexión entre el horror de la violencia que proviene de la naturaleza y de la violencia social, es decir, a la conexión que permitiría enlazar la dominación de la naturaleza y la dominación social sin derivar la una de la otra. A pesar de ciertas inconsistencias e imprecisiones en la argumentación, la especulación de Adorno sobre una conexión entre sacrificios humanos y canibalismo apunta a una posible distinción entre un sacrificio originario, todavía no ritualizado, en situaciones de amenaza mortal, un sacrificio ritualizado y una interiorización del sacrificio. El segundo deja atrás el carácter de mecanismo de protección frente al horror sobrevenido y de necesidad perentoria, para adquirir un carácter instrumental en el que el engaño y los intereses de dominación se hacen patentes. El sacrificio se autonomiza respecto a su finalidad inicial de controlar el horror. Más que al canibalismo, Jan Friedrich apunta en su contribución a la estrategia *Safety-in-numbers* para la supervivencia de la horda en situaciones de amenaza mortal. Si la fusión del grupo resulta vital para la minimización del peligro individual en la huida, la víctima que sucumbe a ese peligro deja libre del mismo al resto de la horda. Los supervivientes le deben la pervivencia y la cohesión del grupo, pero esta se ha mostrado inservible para la víctima. La promesa de seguridad y supervivencia de los individuos singulares que reside en el grupo da así un vuelco en la supervivencia del grupo a costa del “sacrificio” de uno de sus miembros –el más lento o el más débil– al peligro que amenaza a todos. Esto exige alguna forma de ser abordado (primeros rituales funerarios). La DA apunta a que la participación en el colectivo y la naturaleza basada en los mecanismos de mimesis y proyección se ve trastocada en las situaciones extremas: la mimesis tiende a crear identidad fosilizada (con la naturaleza y con el colectivo) y la proyección rivalidad excluyente (con la naturaleza y con el colectivo) y sometimiento. La dimensión reflexiva queda bloqueada y esos mecanismos se vuelven rígidos. De esta manera, en la proto-escena del “sacrificio”, quedan conectados dominación social y dominación de la naturaleza.

5. Psicoanálisis, sacrificio y neurosis

S. Freud ofrece en *Totem y Tabú* una teoría del sacrificio. El punto de partida es la centralidad del ritual sacrificial en todas las sociedades y culturas antiguas. El misterio sagrado de la muerte sacrificial es una ejecución perpetrada colectivamente que responsabiliza a toda la tribu y convierte a la víctima en chivo expiatorio de la

culpa. El ritual rememora esa ejecución, salda la culpa, cohesiona al colectivo, expele la violencia y la previene. Los dioses son chivos expiatorios divinizados. Los ritos son portadores de la memoria cultural que constituye el marco de toda socialización individual. Freud identifica de esta manera la herencia arcaica que sigue activa en las estructuras psíquicas de cada individuación: “Que en el complejo de Edipo coinciden los comienzos de la religión, la moralidad, la sociedad y el arte es algo que se ve confirmado plenamente por la constatación del psicoanálisis de que ese complejo constituye el núcleo de todas las neurosis”. Todos los mecanismos de defensa se asientan en la situación del sacrificio. Las psicopatologías son reliquias de las acciones rituales en torno al sacrificio. Pero este modelo explicativo también sirve para dar cuenta, según Freud, de las innumerables recaídas en la barbarie prehistórica. La violencia fundante controlada y domesticada en el ritual sacrificial acecha en los trastornos psíquicos y las regresiones que se producen en las sociedades en situaciones de crisis.

6. Lógica psíquica y social del sacrificio

Uno de los problemas metodológicos que plantea la universalidad de la estructura del sacrificio, tal como aparece en las teorías presentadas hasta aquí, cristaliza en la pregunta por la relación entre la lógica inherente a los fenómenos psíquicos y la lógica inherente a los fenómenos culturales y sociales. La estructura universal que reproduce el esquema del chivo expiatorio representa la fuerza motriz tanto del psiquismo de los sujetos modernos, como de la cultura humana en general, lo que presupone la posibilidad de trasladar la lógica de la constelación del sacrificio desde la esfera social y cultural al ámbito psicológico individual y viceversa. Como es conocido, Th. W. Adorno rechazaba el intento de comprender la situación social actual a partir de la organización psicológica de los sujetos. En el capitalismo resulta decisiva la autonomización de las relaciones sociales en estructuras emancipadas respecto a sus portadores individuales, que, si bien se reproducen a través de ellos, lo hacen por encima de sus cabezas. Sin embargo, esto no anula que la contradicción social de carácter procesual sea la mediación universal de todo lo individual y por tanto que las formas fenomenológicas del sacrificio posean una doble cara psicológica-individual y sociológica. La explicación del sacrificio a partir de la pura funcionalidad social deja fuera de toda consideración su mediación con la estructura psíquico-libidinal. Esta desvinculación corre peligro de llevar a una ontologización de la violencia. Pero lo que diferencia la violencia sacrificial del puro

acto de violencia es la ambivalencia psíquico-libidinal de la víctima: rechazo/divinización. Sin la significación de la pérdida del objeto y el duelo no se entiende la veneración de la víctima. Sin embargo, la amenaza de la ausencia del objeto es inherente a la relación de deseo y constitutiva de los sentimientos de odio y de los deseos de destrucción que testimonian la intensidad de la necesidad vital y de las experiencias traumáticas a ella asociadas. Y con ello estaríamos en la mediación social de la formación de la estructura libidinal misma.

7. Narración y ficción: la comunicabilidad de la experiencia de victimación

Una de las cuestiones más importantes en torno a la victimación y las víctimas la constituye el problema de comunicación y la recepción de su experiencia. ¿Tienen o pueden tener las víctimas una voz dentro de los sistemas de poder involucrados en la victimación? La aparente significación que han adquirido las víctimas contrasta con la manifestación por parte de las mismas de las dificultades para tener una voz y ser escuchadas. La violencia contra mujeres y niños, en los colegios, en los grupos juveniles, contra menores sometidos a la tutela de instituciones, contra perseguidos, presos o personas en busca de asilo encuentran una creciente presencia mediática, pero dicha presencia es sometida a un esquema presidido por un espíritu terapéutico psicosocial, que se ve continuamente desbordado por la revelación de lo sufrido, la persecución, la violencia masiva, los trastornos postraumáticos. Muchos de los intentos de comunicación acaban en retraumatizaciones, cuando no en silencio. De aquí la importancia de abordar la cuestión de la comunicación narrativa de la experiencia de victimación.

El esfuerzo de comunicación, a pesar de todas las singularidades individuales, tiene que luchar en todos los casos con una perturbación de la forma de discurso debida a la pérdida de soltura y la carga de tensión. La comunicación adquiere un carácter fragmentario no sometible a un orden de representación unificadora que permita expresar el desbordamiento por el acontecimiento destructivo. La reproducción narrativa del acontecimiento o la experiencia se produce en un estilo fragmentario, descontextualizador e impresionista, plagado de rupturas e intentos de reparación que colocan al borde la capitulación a los medios de lenguaje disponibles. Probablemente estas características responden a la pérdida de familiaridad y a la ruptura que introduce la victimación, a la quiebra de la capacidad de agencia de la víctima y de sus vínculos con la competencia narrativa del sujeto.

Narraciones establecen a posteriori una disposición secundaria sobre lo acontecido que reduce la contingencia, la arbitrariedad y la azarosidad, lo dotan de contornos y significación. Para la psicología narrativa la competencia para narrar representa la capacidad de organizar la experiencia. La apropiación narrativa de lo dado posee, por tanto, un carácter construcción de la experiencia. Esta competencia adquiere máxima relevancia para el psicoanálisis y al mismo tiempo muestra su problematización en relación con las experiencias traumáticas, que se sustraen a una rememoración no distorsionada. La dimensión constructiva de la narración apunta a la “verdad psíquica” en las narrativas de los pacientes y su posición clave en la situación terapéutica. Esa verdad no una reproducción de un hecho previo ni de estados psíquicos, sino la condición de una reconfiguración de la construcción de la realidad.

Todo orden narrativo coloca al individuo en el centro de un entorno organizado. El yo aparece como una de las figuras narrativas. En el caso de la narración de víctimas lo precario de la narración se vuelve directamente evidente: la dificultad insalvable de seguir el dictado del narrador y el imperativo de la moral narrativa. La retórica de la coacción moral a la empatía y a la credibilidad del testimonio establece un canon de comunicabilidad que despierta interrogantes. Si, por un lado, la contundencia narrativa y la coherencia de la representación favorecen tendencialmente la credibilidad de la narración, tanto más si es coloreada emocionalmente. Esta credibilidad se ve reducida por la incoherencia, la fragilidad y los contenidos insólitos, a no ser que los narradores consigan dar expresión convincente al esfuerzo por reproducir la perturbación, la conmoción y la incompresibilidad de la experiencia de victimación. Pero esto plantea, de nuevo, dificultades importantes a la construcción intersubjetiva de la “verdad” bajo las figuras habituales de objetividad. Lo que describen o insinúan los afectados son sucesos estremecedores y desagradables de sus vidas que se sustraen a las posibilidades de integración: atormentan a lo que los sufren con escenas retrospectivas y fragmentos de recuerdo perturbadores, con alteraciones el sueño y el equilibrio interior y con una coerción a la escenificación reiterativa. La destrucción de las estructuras de interacción y comunicación en la victimación afectan a reconstrucción narrativa y su comunicabilidad ulterior.

Toda narración es evocativa y afirmativa, no reflexiva y crítica. La narración es un medio de seducción, no de negociación. Lo que demanda no es sobrio escepticismo, sino agitación de las entrañas. No se exige el entendimiento crítico del receptor, sino que se implora su empatía. Se trata de adoptar la perspectiva del

narrador, y esa apela a la afirmación. Por eso conviene tener en cuenta los principios regulativos de la acción de narrar: 1. Cumplimiento del deseo u optimización: La narración corrige lo sucedido en dirección a lo deseable. 2. Superación o estabilización: La narración repara la desintegración y desestabilización en vistas a una totalidad organizada disponible. 3. Integración social: La narración produce la propia identidad frente al interlocutor social. 4. Actualización: la narración revive el pasado y lo reconstruye en la situación actual.

No puede, pues, extrañar que la comunicación narrativa en el contexto de la experiencia de violencia victimizadora se haya convertido en un objeto importante de la investigación jurídica, por ejemplo, en la instrucción policial y en relación con la cuestión de la credibilidad de los testimonios en los procesos penales y las vistas de los tribunales. No se trata solo de la ficcionalización del recuerdo, sino de la sustitución del recuerdo por la ficción. Quizás el caso más llamativo de las trampas de la estructura narrativa sea el del autor de *Fragmentos*, Bruno Dössekker, escrito bajo el seudónimo de Benjamin Wilkomirski, falso superviviente de Auschwitz. ¿Cómo distinguir el uso de los clichés de la forma narrativa, de construcción narrativa de la auténtica experiencia de victimación?

* * *

Al tratarse de una obra colectiva no es posible destilar una posición que pueda ser discutida. El valor de la publicación quizás sea abrir un campo de reflexión que no suele ser considerado habitualmente en el discurso, fundamentalmente político, sobre las víctimas. Se trata de analizar el sacrificio y la víctima como una clave fundamental del proceso civilizatorio tanto desde el punto de vista ontogenético como filogenético. En el centro de la matriz sacrificial está la violencia de orden natural y de orden social: su origen, su domesticación, su apropiación por el colectivo y su reproducción, así como su interiorización por parte de los individuos en el proceso de socialización. Por lo tanto, el sacrificio/la víctima se convierte en la clave para entender tanto la dominación de la naturaleza como la dominación social, pero también lo que de autodominación tiene la constitución de la subjetividad. Se pretende mostrar que el esquema sacrificial apunta a la superación del sacrificio y la victimación, pero su perpetuación es el signo de un vuelco de civilización en barbarie, que anida en la dinámica sacrificial del propio proceso civilizatorio.

La mayor dificultad de esta propuesta quizás consista en abordar desde el esquema sacrificial la producción masiva de víctimas a las que se enfrenta la historia

reciente de la humanidad. Quien la contempla encuentra un sinnúmero de crímenes salvajes y una cantidad de víctimas que desborda cualquier pensamiento. La clave sacrificial de la sociedad y la cultura, del proceso civilizatorio, quizás permita, sin embargo, dar cuenta de por qué la producción masiva de víctimas no ha provocado una transformación radical de las formas de dominación social y de la naturaleza: por qué “después de Auschwitz” sigue siendo “antes de Auschwitz”.

José A. Zamora

joseantonio.zamora@cchs.csic.es